Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 45.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas

EDICION ECONOMICA.

Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Limpia-plumas.—Chaqueta de crochet para niño.—Cogin de viage.—Relojera.—Cuello de tul, entredos.—Cogin con sobrepuestos de terciopelo.—El Doctor Antonio.—La vírgen de las Lilas.—Mélodie.—Consejos á una niña.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del geroglífico inserserto en el número anterior.—Geroglífico.

Limpia-plumas.

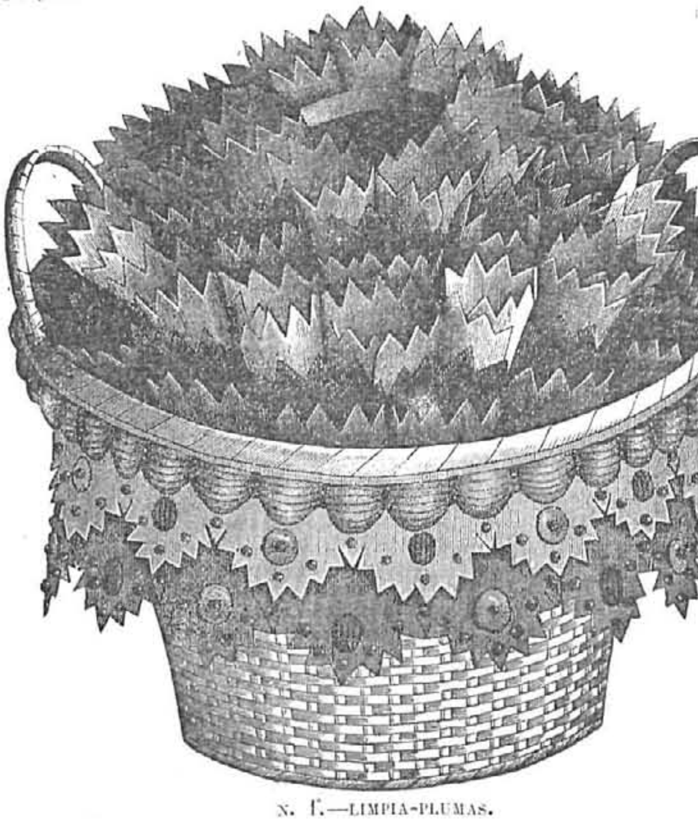
MATERIALES.—Un canastillito como el que representa el dibujo; paño escarlata; paño azul aciano; paño blanco; cuentas de acero; lentejuelas de oro; un poco de seda encarnada y de seda azul.

Nuestro dibujo representa el objeto en tamaño natural; su aspecto es el de un canastillo lleno de acianos y de amapolas, imitadas por retazos de paño recortados y *dispuestos en cuatro órdenes al rededor de* un cepillito negro redondo. El dibujo número 2 representa la hoja recortada en paño, y á la cual se dá la forma de un embudo, doblando uno sobre otro los dos lados y cosiéndolos juntos. El cepillo, cuyo diámetro es de 3 centímetros y medio, está rodeado por una tira recta de paño encarnado, que deja á descubierto la parte superior, esto es, las crines; sobre esta tira se aseguran las hojas en embudo. El primer órden de estas se compone de 8 encarnadas, que exceden un poco del cepillo; el segundo órden, de 11 azules, colocadas algo mas bajas; el tercero, de 12, alternativamente encarnadas y blancas, y *mas bajas todavía: en fin, el cuarto, se hace* con 14 hojas azules. Antes de colocar el cepillo, se rellena el canasto de algodon en rama, sobre el cual descansa el último órden ó círculo de hojas, cuyas puntas se sujetan al borde del canastillo, el que se rodea con dos lambrequines recortados con sacabocados. El primero es de paño blanco; el segundo de paño encarnado; cada una de las tiras que forman el lambrequin ó cenefa tiene 1 centímetro y 3/4 de ancho. Las puntas de estos van adornadas alternativamente con una lentejuela de oro y un lunar bordado con seda azul sobre el paño encarnado y con seda encarnada sobre el blanco; algunas cuentas de acero, cosidas aisladamente, rodean y reunen estas puntas. *Una trenza encarnada de lana,* fruncida perpendicularmente de trecho en trecho, de modo que figuren pequeños bullones, oculta la costura que sujeta la cenefa al canastillo. Sobre estos fruncidos se cosen cuentas de acero.

Chaqueta de crochet, para niño.

MATERIALES.—48 gramos de lana céfiro blanca; igual cantidad de la misma lana rosa; una madeja de la misma lana negra; un crochet de madera proporcionado á la lana.

Esta especie de chaqueta servirá para los niños de 18 meses á 2 años; se hace á punto de Gobeli-



N. 1.—LIMPIA-PLUMAS.

nos y á punto á ondas, ya explicados repetidas veces, y que aquí describiremos sumariamente para conocimiento de nuestras nuevas suscritoras. El fondo se hace á punto de Gobelinos con lana blanca, y se adorna con un salpicado bordado de lana rosa.

PUNTO DE GOBELINO SENCILLO. — La primera faja (compuesta de 2 vueltas) se hace como el crochet tunecino; en la 1.ª vuelta de cada una de las fajas siguientes no se pica el crochet en la barra perpendicular, como se hace comunmente en el crochet tunecino, *si no se le pasa bajo la cadeneta de la* vuelta anterior, en el vacío que se halla entre las dos barras perpendiculares. A fin de que la labor quede al derecho, sin sesgar, se debe hacer el primer punto de la vuelta que va de derecha á izquierda, alternativamente en el 1.º y despues en el 2.º vacío. Al fin de la vuelta, se hace del mismo modo el último punto una vez en el último vacío,—y la vez siguiente en el último punto de la vuelta anterior. Se hace para el fondo una cadeneta de 86 puntos (ancho del borde inferior de la chaqueta), y se forman, manteniendo siempre el mismo número de puntos, 15 fajas, compuesta cada una de 2 vueltas, segun se ha explicado.

16 á 38 *fajas.* En estas 23 se forman las aberturas para las mangas. Se cuentan 21 puntos (lado derecho), sobre los cuales se hacen las 23 vueltas dobles; se hace luego el mismo número de estas sobre 44 puntos (espalda),—despues igual número sobre las *21 puntos que quedan para el lado izquierdo.*

39.ª *faja.*—En la primera vuelta se reune la espalda con los delanteros, conservando siempre el n.º de 86 puntos. En la 2.ª *vuelta, se principia el menguado para los* hombros, pasando á la vez la hebra en los puntos 20.º y 21.º (que así no forman sino uno solo),—en los 22.º y 23.º,—despues en los 64.º y 65.º,—en los 66.º y 67.º, esto disminuye 2 puntos en cada hombro.

40.ª á 46.ª *fajas.*—No solo se continúa en ellas el menguado de 2 puntos en cada hombro, sino que se menguan tambien al principio de cada vuelta uno ó dos puntos en el delantero de la chaqueta, para formar la abertura del cuello. Despues de haber terminado la 46.ª doble vuelta, se desmonta, haciendo una vuelta de puntos sencillos, cadenetas. Para cada manga se hace una cadeneta de 46 puntos, y se ejecuta un pedazo recto que se compone de 42 vueltas dobles. Se cosen sus dos lados opuestos, y así se le coloca en la sisa, quedando la costura debajo del brazo.

La orla es de lana rosa y blanca; se la ejecuta á punto ondulado, cuya breve explicacion es como sigue:

1.ª *faja ó doble vuelta.*—La 1.ª vuelta se hace con lana sencilla, y se pica siempre el crochet en la

© Biblioteca Nacional de España

parte de detrás de la barra perpendicular de la faja anterior, de modo que la cadeneta quede por encima y forme costilla. La 2.ª vuelta se hace como en el crochet tunecino, pero con la lana doble; se mengua haciendo un solo punto con los 39.º y 40.º, y tambien con los 41.º y 42.º,—despues con los 149.º y 150.º,—y con los 151.º y 152.º; estos menguados forman las esquinas de la orla.

3.ª *faja.*—La 1.ª vuelta, como la de la anterior, con lana rosa sencilla; —la 2.ª como de costumbre, pero con lana blanca sencilla. Se continúan los menguados, asi como en las siguientes.

4.ª *faja.*—Enteramente al crochet tunecino; la 1.ª vuelta con lana rosa y la 2.ª con blanca.

5.ª *faja.* — Como la anterior, pero solo con lana blanca sencilla para la 1.ª vuelta y doble para la 2.ª

6.ª á 9.ª *fajas.* —Se repiten las indicaciones dadas para las 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª La orla está terminada; debe tener entre los dos menguados 84 puntos, y en cada lado, desde los menguados, 32.—Se cose la orla al borde de la chaqueta y á los lados; sobre la cadeneta que forma el borde inferior de esta se hacen con la lana doble un punto blanco y otro negro alternados. La orla de la manga se hace como la anterior, con la diferencia de que en vez de menguar se crece. Para esta orla se hacen 9 vueltas como las de la chaqueta. Se cose esta orla al borde de la manga, de modo que sus dos últimas vueltas excedan de ella y puedan volverse hácia fuera. Al rededor de la abertura del cuello se hace con lana rosa una vuelta de bridas caladas, al través de las cuales se pasa un cordon hecho al crochet con lana rosa, que termina en una borla á cada extremo. La expresada vuelta se orla con un fleco de lana rosa hecho con molde, y que tenga centímetro y medio de ancho.—El salpicado se hace con lana rosa; cada lunar se compone de 4 puntos.

Cogin de viage.

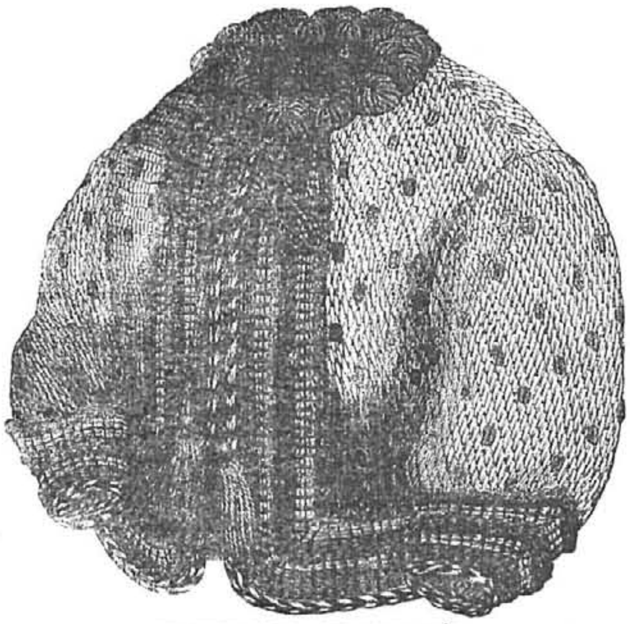
PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.

MATERIALES. — 32 gramos de lana céfiro lila: la misma cantidad de la propia lana negra: idem idem blanca: 4 tonos de la gris, cada uno de 32 gramos: algunas madejas de seda de Argel maiz: borlas, cordon, forros, etc.

El dibujo representa una parte del cogin en tamaño natural. Se compone de 4 tiras hechas por separado, y unidas en el sentido de su longitud; dos de ellas se hacen al crochet, con lana lila, y con lunares de seda maiz; las otras dos se hacen á punto de aguja con las lanas negra, gris y blanca.

Se toma un crochet proporcionado á la lana, y se hace una cadeneta de 18 puntos con lana lila: se labra de ida y vuelta 4 vueltas de puntos sencillos.

5.ª *vuelta.* —6 puntos lila, — 2 con seda maiz (que no se corta nunca)—10 puntos lila.



CHAQUETA DE CROCHET PARA NIÑO.

6.ª *vuelta.*—10 puntos lila,—2 maiz,—6 lila.

7.ª *hasta la* 10.ª *vueltas.*— Enteramente con lana, como las 4 primeras.

11.ª *vuelta.*—Como la 6.ª

12.ª *vuelta.*—Como la 5.ª

13.ª *hasta la* 16.ª *vueltas.*—Enteramente con lana, como las 4 primeras.

Se repiten sin cesar las vueltas que acabamos de describir.

Nuestro modelo tiene 26 lunares en la tira entera; esta principia y acaba por 4 vueltas enteramente de lana; en todo tiene 160 vueltas, que dan unos 60 centímetros de largo.

Para cada tira de punto de aguja se arman, con lana negra, 10 puntos sobre una aguja de madera ó de hueso, de grosor apropiado á la lana, y se hace la

1.ª *vuelta.*—Se pica la aguja en el primer punto, y se toma la hebra sobre ella, como si se quisiera labrar al derecho; despues se pone en la misma direccion que esta aguja, otra menos gruesa en una mitad, se la rodea con la hebra,—se trae esta sobre la aguja gruesa,—despues sobre la fina,—luego otra vez sobre la gruesa, y así sucesivamente, de modo que las dos agujas se rodeen cuatro veces con la hebra: esta vuelve á traerse otra vez mas sobre la aguja fina, y se hace el primer punto, pasando al través el punto quíntuplo con la aguja fina. El 2.º *punto se hace del mismo modo* con el grupo de bucles, ó asas, despues se hace otro sin bucles,—otro con ellos, y así hasta el fin de la vuelta, que termina con un punto de bucles.

2.ª *vuelta.*—No se corta la hebra negra: se ata la lana gris mas oscura, y se hacen (sin sacar la aguja gruesa hasta el fin de la vuelta) los 10 puntos lisos al derecho.

3.ª *vuelta.*—Como la 1.ª, pero con la lana gris, y haciendo *encontrados* los puntos de bucles; así se hará, en esta vuelta, un punto liso sobre el de bucles de la vuelta anterior. En las vueltas impares, el primero y el último punto deben ser de bucles: se necesita, pues, para hacer *encontrados* estos puntos, hacer 2 de bucles al principio y otros tantos al fin.

4.ª *vuelta.*— Como la 2.ª Se quita la lana gris oscura (sin cortarla); se hace esta vuelta con el 2.º tono del gris, que tambien se emplea para la 5.ª, semejante á las 1.ª y 3.ª: se hacen en seguida 2 vueltas con el tercer tono del gris,—despues otras 2 con el 4.º—luego 2 con lana blanca, vuélvese en seguida al 4.º tono del gris y se hacen 2 vueltas,—2 con la 3.ª, y así se sigue hasta la lana negra. Cuando esto se ha repetido 4 veces, está terminada la tira.

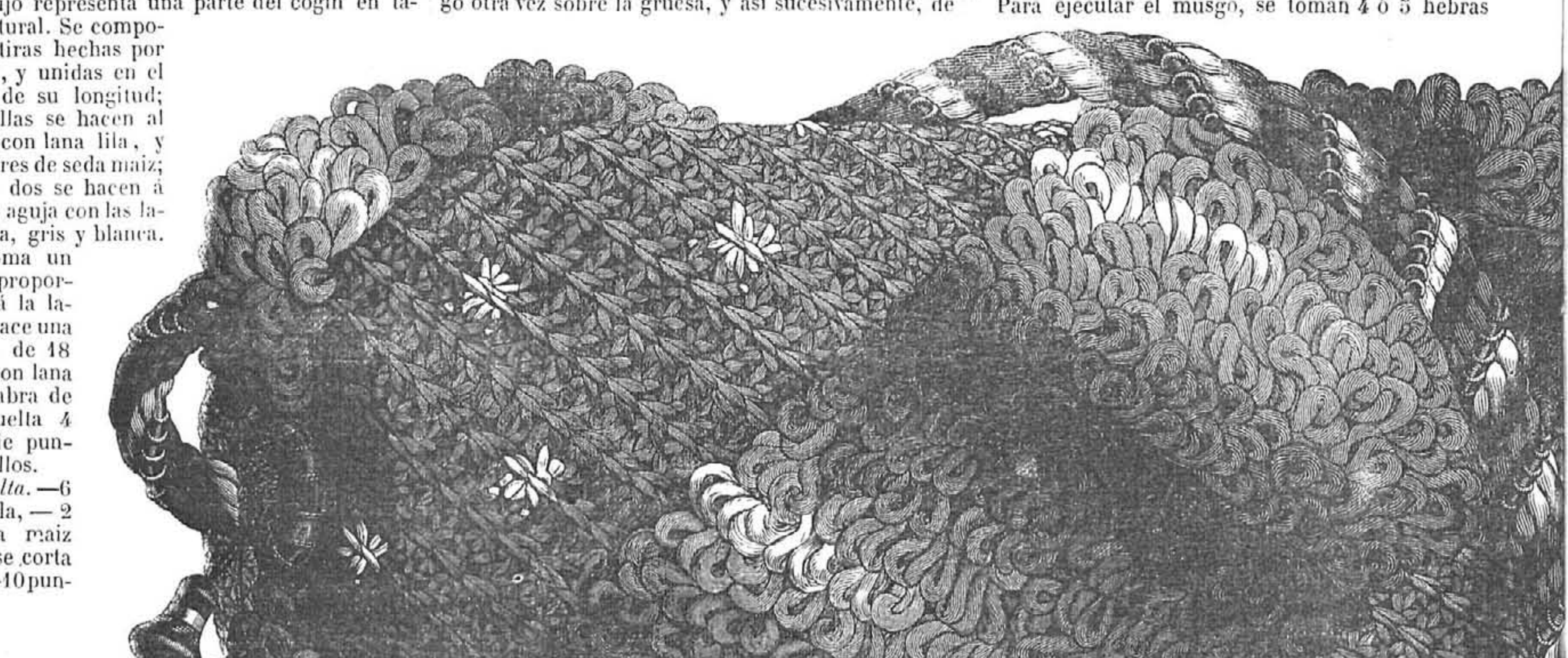
Las tiras se cosen unas á otras por el revés, uniendo una al crochet con una á punto de aguja: se reune la última á la primera, despues se cose uno de los lados transversales formando una punta, dentro de este saco se introduce un cogin de percal relleno de algodon en rama, y luego se cose el otro lado transversal. En cada extremo del cogin se pone un boton grueso que sujeta el fuerte torcete de lana: este boton se adorna con borlas.

Relojera.

MATERIALES.—Muchos tonos de lana inglesa verde; algodon fino amarillo y color castaño: lana céfiro punzó: algodon de crochet de los números 40 y 50; seda de Argel verde; paño encarnado, carton; etc.

Esta relojera está rodeada de musgos, de flores y de frutos.

Para ejecutar el musgo, se toman 4 ó 5 hebras



COGIN DE VIAGE.

(CROCHET Y PUNTO DE AGUJA.)

de lana verde de diferentes tonos, á las que se une una hebra de lana color castaño. Con estas hebras reunidas se arman 14 puntos en una aguja fina de acero, y se hace la labor tan apretada como se pueda, y siempre al derecho con el mismo número de puntos. Esta tira debe tener para nuestro modelo, 21 centímetros de largo: cuando se ha termi-

© Biblioteca Nacional de España

nado, se la coloca en un tamiz puesto sobre una vasija llena de agua hirviendo. Cuando el vapor del agua ha humedecido bien la labor, se la saca, se la pone entre dos hojas de papel grueso azul, y *se pasa sobre ella una plancha muy caliente.* Cuando está seca la tira se la corta por medio, como lo indica el dibujo: se deshacen los puntos hasta los de la orilla, y se separan unas de otras las diferentes hebras que se han labrado juntas, empleando á este efecto una aguja de hacer media. *Se corta de carton un circulo que tenga* 7 centímetros de diámetro, y se le cubre de paño encarnado: sobre el borde de este circulo se cosen los dos lados de la tira de musgo, picando al través de las orillas colocadas una sobre otra.

Las fresas silvestres se hacen al crochet con lana céfiro, enteramente de puntos sencillos, y picando siempre el crochet bajo el punto entero. Para cada fresa se hace una cadeneta de 3 puntos, se une el primero al último, y

N.º 2.—MUSGO PARA LA RELOJERA.

se *trabaja en espiral, creciendo un punto aquí y allí* hasta que se haya hecho una redondela cóncava del grueso de una fresa pequeña. Despues de haber llegado á la circunferencia mayor de ella, se disminuye gradualmente hasta que la redondela se cierre. Un poco antes de la última vuelta, se *rellena el interior de la fresa con algodon en rama:* se asegura la hebra, se la corta, dejando un pedazo para servir de tallo: se hacen algunos puntos largos con la seda verde de Argel para figurar las hojitas que rodean á la fresa, despues se cose esta entre el musgo.

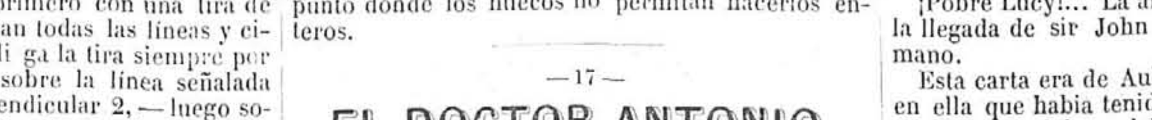
Para *cada una de las florecillas blancas*, se hace una cadeneta de 5 puntos con algodon blanco, se la reune en redondo, y en cada uno de los puntos se hace una de las hojas de la flor, asi como sigue: un punto sencillo—una media brida, —2 bridas enteras, —una media brida, — *en punto sencillo, todo en el* mismo punto, y lo mismo para los otros 4.—El pistilo se hace de lana ó seda amarilla. Se vuelve la seda muchas veces al rededor de uno de los dedos de la mano izquierda, se saca *esta especie de anillo, se le asegura* sobre un pedazo de alambre: se atusa este lazo y se le coloca poniendo el alambre en el medio de la florecilla blanca.

Detrás de la relojera se sujeta una *argolla, y delante un gancho para colgar* el reló.

Cuello de tul y entredos.

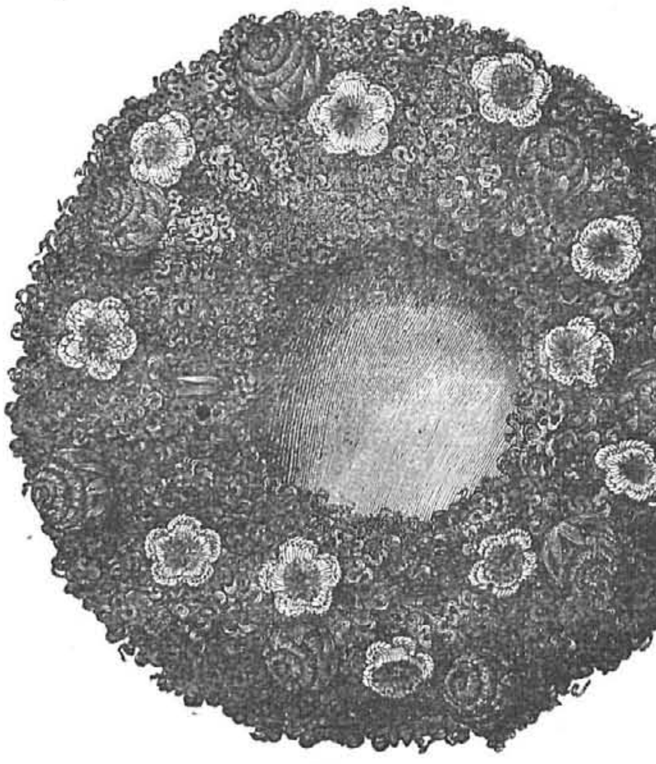
MATERIALES.—Tiras de tul fino, de 2 y medio centímetros de ancho; entredos de encage.

Este cuello se compone de tiras de tul plegadas de modo que formen cuadros mitad tupidos y mitad claros, puestos al rededor de un entredos de encage. La manera mas cómoda de hacer esta labor consiste en ensayarse primero con una tira de papel, á la que se trasladan todas las líneas y cifras del dibujo n.º 2. Se pliega la tira siempre por el mismo lado, primero sobre la línea señalada 1,—despues sobre la perpendicular 2,—luego sobre la 3, y asi sucesivamente. Estos pliegues ó dobleces forman de este modo un cuadro, cuyos lados se sujetan por algunos puntos; despues cuando se ha plegado toda la tira, se cosen unas á otras las esquinas que se tocan, y sin cortar el hilo (que ha de ser muy fino) se le pasa al través del tul, hasta el sitio en que ha de emplearse para unir otros cuadros.



TIRA DE TUL PARA EL CUELLO.

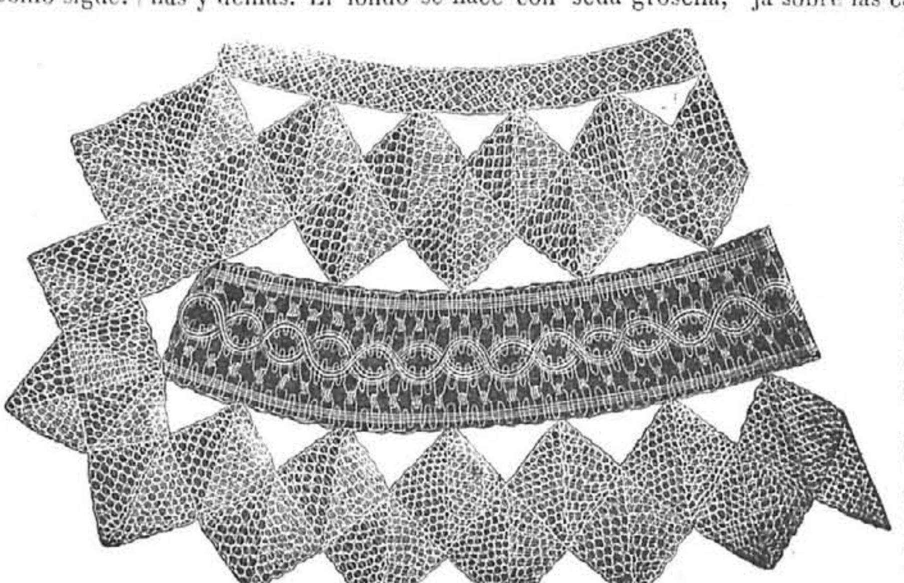
Se toma la tira de tul, se la dobla por su mitad en todo su largo, despues con esta tira doble, puesto que está doblada, se preparan los cuadros segun se ha indicado. Cuando esto está hecho, se *fijan las tiras al rededor del entredos; la abertura* del cuello la forma una tira doble del tul. Para ejecutar mas fácilmente este cuello, deberá cortarse *un patron de papel, y coser todo encima.*



N.º 1.—RELOJERA.

Cogin con sobrepuestos de terciopelo.

Se ejecuta en canevas del n.º 26. Las hojas y las *flores se recortan en terciopelo negro.* Se *trazan* primero sobre papel los contornos de los diferentes detalles del dibujo; se los recorta, se los pega por el revés del terciopelo, empleando goma arábiga; cuando esta está seca, se recorta el terciopelo siguiendo los contornos del papel: se pone el terciopelo sobre *el canevas extirado en el bastidor,* y con cordoncillo de oro se rodean las hojas y las flores, empleando el mismo cordoncillo para las venas y demás. El fondo se hace con seda grosella,



N.º 1.—TIRA DE TUL PARA EL CUELLO.

azul ó verde, haciendo medios puntos ó cuartos de punto donde los huecos no permitan hacerlos enteros.

—17—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

—Teneis un alma de artista, dijo Antonio.

—Quisiera tenerla, respondió Lucy sonrojándose ligeramente.

—Ahora voy á continuar mis tareas de cicerone, dijo con alegría el doctor: ¿veis aquel pueblecillo á *la falda de la montaña? Es Spedaletti, que dá su* nombre al golfo.

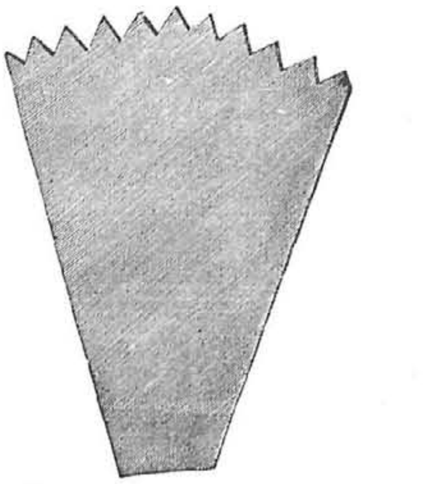
—Nombre singular! ¿no quiere decir hospitalillos?

—Sí.

—Y hay en él hospitales?

—No: está habitado exclusivamente por *familias de pescadores muy laboriosos.* Esta bahía no solo es hermosa, sino que es muy segura. Abrigada al Oeste por el lado de Bordighera y al Este por esos tres promontorios, el agua siempre está serena y los pescadores de Spedaletti pueden pes*car sin riesgo.*

—Y aquella otra aldea en la cumbre de



N.º 2.—HOJA PARA EL LIMPIA-PLUMAS.

la montaña, ¿cómo se llama?

—*La Colla* (la Colina). Es un pueblo muy sano.

—¿Y aquella mancha blanca que se distingue allá en el último promontorio.

—Es una ermita.

—Cómo se llama?

—*La Madonna della Guardia*, rival de la de Lampedusa, pero con desgracia, pues está eclipsada completamente.

—¿Todas las ermitas están consagradas á la Madona?

—Casi todas. La Madona es la pasion de nuestro pueblo. Por mi parte, confieso francamente mi flaco por ese culto que deifica á la mujer, que hace de ella la via por la cual la misericordia divina baja sobre las cabezas de los desgraciados. Es el homenage mayor que se pueda rendir á la excelencia de la naturaleza femenina.

—¿Pensais de veras que las mujeres valen mas que los hombres?

—Un sentimiento instintivo me inclina á creerlo así; pero no me lisonjeo de tener suficientemente la experiencia de las mujeres ni la de los hombres para decidir la cuestion excatedra. Lo que puedo afirmar es que de todos los seres de mi especie con quienes mi destino me ha puesto en contacto, el que he encontrado incomparablemente superior, es una mujer.

No pretendemos explicar por qué una asercion semejante que parecia tan propia para satisfacer en Lucy el orgullo de la mujer, la dejó helada de repente y silenciosa. Lo cierto es que ese fué el resultado, y que mucho tiempo despues de haberse despedido el doctor, ella permaneció sentada, indiferente al mar y al paisage, olvidando los libros y los dibujos, y sumergida en una especie de reflexion melancólica.

¡Pobre Lucy!... La arrancó de sus pensamientos la llegada de sir John que traia una carta en la mano.

Esta carta era de Aubrey, y el capitan anunciaba en ella que habia tenido que retardar su marcha por asuntos del servicio. Ignoraba cuándo podria embarcarse; creia no poder hacerlo antes de cuatro meses y prometia escribírselo á su padre.

Lucy recibió esta noticia muy filosóficamente.

—No son mas que cuatro meses, padre mio, y lo que debe consolarnos, es que ahora ya no tenemos tanta prisa para marchar de aquí.

© Biblioteca Nacional de España

COGIN CON SOBREPUESTOS DE TERCIOPELO.

—En suma, respondió sir John, atendidas las circunstancias, podemos decir que esa tardanza nos conviene; muy triste habria sido para mi hijo el no habernos encontrado en casa á su llegada. Podremos viajar despacio, y detenernos un poco en París.

—Oh! exclamó Lucy; yo no tengo deseos de ir á Paris; quedémonos lo mas posible en esta hermosa Italia.

—Pero, hija mia, repuso el baron con un movimiento de impaciencia, pues no le gustaban tantos obstáculos á sus planes, deseo que conozcas un poco á París, es conveniente. Pasamos tan de prisa el año últ mo, y tú estabas tan enferma, que apenas has podido formarte una idea de lo que es.

Y luego al cabo de un instante de reflexion, durante el cual pareció que discutia consigo mismo algun punto importante, añadió:

—Aunque muy inferior á Lóndres, París es sin embargo una ciudad donde se pueden pasar agradablemente algunas semanas: hay cosas en Paris dignas de ser vistas...

Pero estaba escrito que este primer dia de mayo seria para sir John un dia memorable, pues cuando iba á hacer un paralelo entre las dos grandes ciudades, entró el criado á decirle que abajo habia un hombre que deseaba hablar al baron.

¿De dónde venia? Ese hombre habia pronunciado el nombre del doctor Antonio, y John pensaba, que segun las apariencias, debia ser un tratante de caballos.

—¡Un tratante de caballos! exclamó el baron.

Y bajó precipitadamente la escalera.

Todo hombre acostumbrado como lo estaba sir John ó montar á caballo todos los dias, y que ha estado privado de su ejercicio favorito durante un mes, comprenderá fácilmente la alegría del baron al ver que le buscaba un tratante de caballos.

Este hombre pasaba á Génova con caballos de venta, *bestie magnifiche*, como él decia. La conversacion tuvo lugar en una especie de *lingua franca*, poco inteligible á la verdad, pero que sin ella las partes interesadas no habrian llegado á comprenderse.

No hay para qué apuntar que el doctor habia dicho que el baron se alegraria de ver los caballos: estos se hallaban á tan corta distancia, que «sua Excellenza» podia casi distinguirlos.

Y el astuto italiano se levantaba de puntillas y señalaba con el dedo un punto mas ó menos imaginario.

Sea como quiera, lo cierto es que logró llevarse en triunfo á sir John acompañado del criado, que pasaba á los ojos de su amo por un hombre inteligente en cuanto á la raza caballar; y un par de horas despues, con mucha sorpresa y alegría de Lucy, el baron apareció de nuevo bajo el balcon montado en un caballo, si no de bonita apariencia, suave como un carnero.

—Un niño le manejaria, decia sir John que habia sentido ya la necesidad de renunciar á los alazanes briosos; obedece al menor movimiento: mira, hija mia.

Y uniendo la accion á la palabra, el baron hizo dar vueltas al animal en todos sentidos, hasta que al cabo Lucy le gritó:

—Basta, basta: os aturdireis y atontareis al caballo.

En el mismo instante un mozo con chaqueta de postillon y el sombrero en la mano se deslizó por la puertecilla del Jardin y se acercó á sir John, que inmediatamente apretó las riendas.

Era Próspero que acudia humildemente en aquel

© Biblioteca Nacional de España

dia memorable á pagar su tributo de reconocimiento al generoso baron. Aunque Próspero hablaba una gerigonza que no presentaba sentido ninguno en los oidos de sir John, habia en la voz y en los ojos del pobre jóven algo que le hacia comprender lo que queria decir, tan claramente como si le hubiera hablado en el inglés mas correcto.

El cutis pálido y la magrura del pobre postillon prestaban á su simple elocuencia un enérgico apoyo.

Sir John se conmovió, y para ocultar su emocion comenzó inmediatamente con aire de mal humor una letanía sobre los deberes de los postillones respecto á los viajeros en general, y en particular á cierta clase de viajeros. Como ese discurso no tenia nada de toda aquella pantomima de miradas y de ademanes que habria hecho comprender á todo *el mundo el sentido de las* palabras del jóven italiano, en vano llegó á los oidos de Próspero: este último, con los ojos clavados en la tierra y dando mil vueltas á su sombrero, parecia en efecto el criminal que sir John estaba pintando.

En el momento crítico, cuando el baron que seguia *á caballo, comenzaba á apurarse porque no* sabia cómo terminar la escena dignamente, distinguió al doctor que habia ido á la posada para ver la compra de que se hablaba ya en todo el pueblo.

—Mi querido doctor, exclamó sir John con mucha afabilidad, me alegro mucho de veros, os debo muchas cosas.

Antonio se quedó sorprendido con aquella cordialidad; dijo á sir John que nada le debia, y le feicitó por la buena compra que habia hecho.

(*Se continuará.*)

—14—

LA VIRGEN DE LAS LILAS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora Doña María del Pilar Sinués de Márco.

(Continuacion.)

XVII.

Clara apoyada en el brazo de Eugenio, cruzó los dos salones del baile, y levantó un tapiz que encubria una puerta, situada en la última antecámara, y que llevaba á un gabinete bastante espacioso, y al cual apenas llegaba el rumor de la fiesta.

Era aquel un sitio encantador y bastante retirado: en una chimenea de mármol blanco exornada por un soberbio espejo, ardia lentamente, un fuego escaso, pues aun no habian empezado á dejarse sentir los grandes frios de la estacion.

Algunos sillones, y un velador que contenia periódicos; y dos ó tres álbums de gran lujo, decian, que aquel gabinete, era uno de los varios aposentos de reposo, y comodidad, que la marquesa tenia en su suntuosa morada, para su uso particular.

Dos personas habian seguido con la vista á la marquesa y al conde, cuando atravesaron los salones: Magdalena y Pablo.

La triste mirada de la jóven les acompañó y en sus facciones pálidas se pintó un profundo dolor: ella habia columbrado el amor dichoso, tranquilo, legítimo: es decir, el único amor que su corazon puro y noble podia sentir: mas ¡ay! ¿para qué? la inmensa pasion de su hermana para el hombre que la amaba; aquella pasion cuya terrible revelacion habia escuchado yerta de terror á través de la puerta invisible de su habitacion; aquella pasion funesta ¿no le exigia que renunciase para siempre á su felicidad? En tanto que Magdalena se hacia estas tristes reflexiones, otras mas amargas todavía ocupaban el ánimo del marqués.

Su hábito de profundizar cuanto veia, su experiencia de mundo, le habian hecho adivinar dos cosas: que el hombre á quien amaba Clara, era el conde de Torrenueva, y que la mujer á quien amaba el conde, era Magdalena.

¿Cómo habia adivinado lo primero? Observando la fisonomía expresiva de Clara.

¿Cómo se habia persuadido de lo segundo? Contemplando la fisonomía cándida de Magdalena.

Sí! en aquella hora que habia empleado Eugenio en pedir perdon á Magdalena de sus pasados agravios y en ofrecerle la mas noble de todas las reparaciones en un amor puro y sancionado por las bendiciones de la Iglesia; en aquella hora, habia *apurado el desventurado* Pablo, el cáliz mas amargo, que el destino ha podido ofrecer al corazon humano.

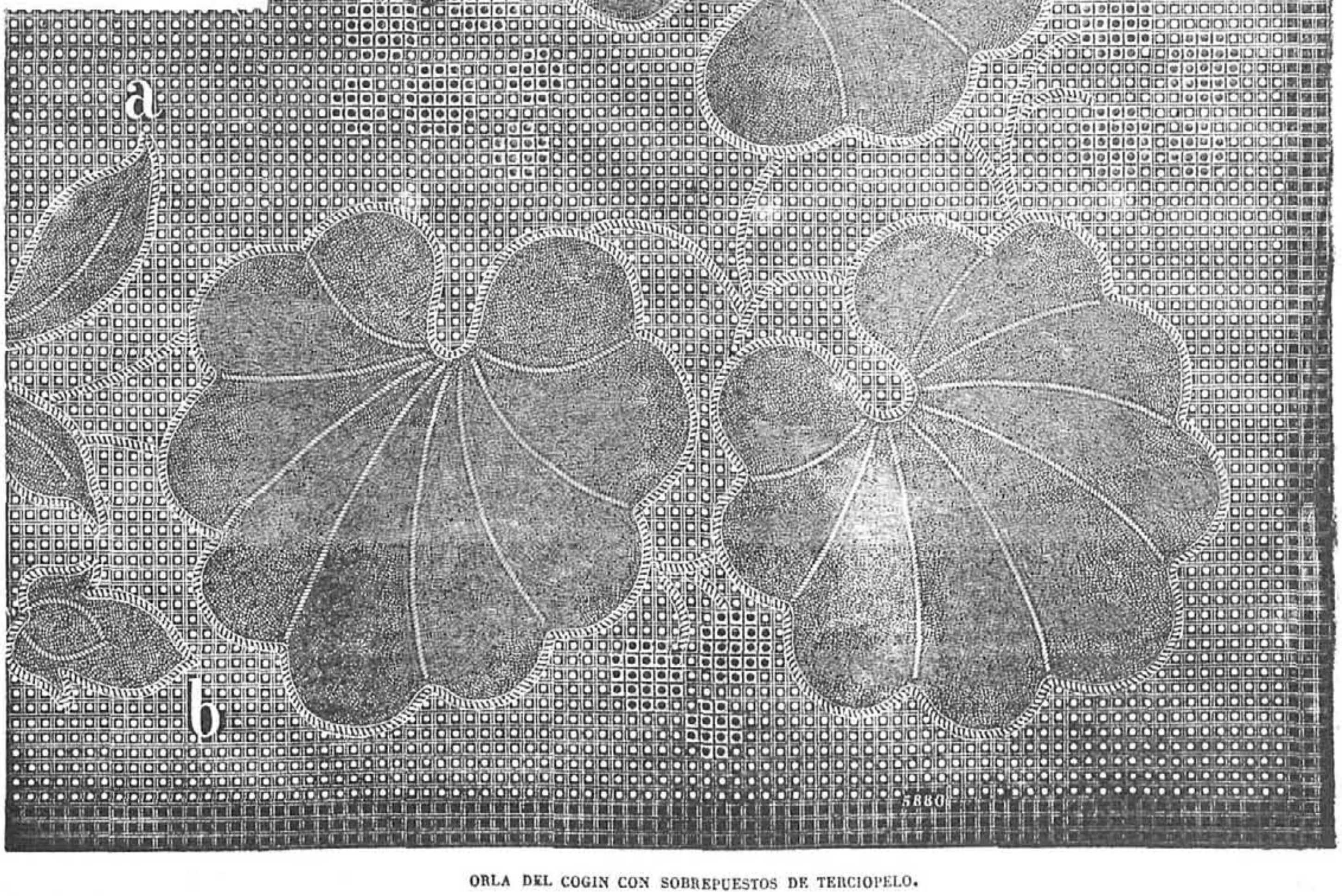
Dos terribles verdades habian atravesado *su corazon y su cabeza*, como dos dardos candentes y envenenados.

Era la una la conviccion del amor recíproco de Eugenio y Magdalena.

La otra, la certidumbre de la pasion culpable, que Clara sentia por Eugenio.

Su corazon y su orgullo, quedaban heridos, desgarrados y pe*dian venganza.*

Contempló con una atencion feroz, el ansia mortal, con que su mujer veia de lejos el tierno coloquio de los jóvenes: y al mismo *tiempo los progresos* que la ardiente elocuencia del jóven con-



ORLA DEL COGIN CON SOBREPUESTOS DE TERCIOPELO.

© Biblioteca Nacional de España

de, hacia en el corazon de Magdalena.

Pablo habia sentido siempre hácia Eugenio una adversion instintiva: la aversion del hombre fuerte, hácia el hombre delicado, elegante, casi mujer en su sensibilidad, y en las manifestaciones de ella: la aversion de la juventud que se acaba á la juventud que empieza: la aversion de los treinta y seis á los veinte y cinco años; y cuando vió que aquel jóven cuya superioridad le habia ofendido siempre, le robaba su amor legítimo, y su amor poético, es decir las esperanzas de su porvenir y las últimas flores de su presente, el odio brotó en su corazon, y encendió su sangre, con una velocidad terrible.

Cuando Clara, apoyada en el brazo de Eugenio abandonó el salon, Pablo les siguió, les vió entrar en el gabinete, y luego se envolvió en el tapiz de seda que cubria la puerta, para asistir invisible á aquella entrevista.

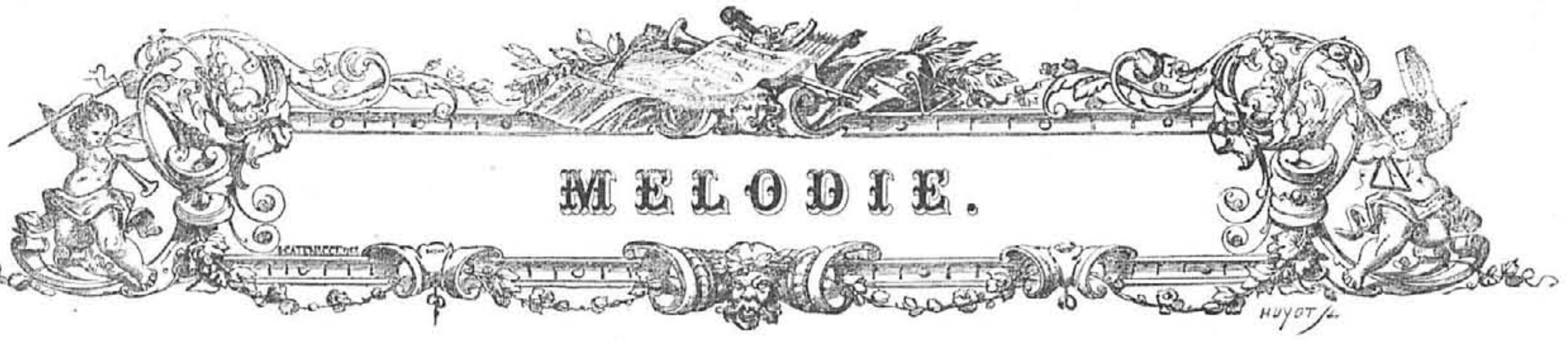
Clara no bien se halló en el gabinete, se dejó caer en un sillon, y los tormentos que durante una hora habia sufrido su alma, se exhalaron en un llanto amargo y desconsolado.

Las lágrimas de la mujer, solo conmueven á la persona que la ama: para su amante son de una elocuencia irresistible: para su madre valen aun mucho mas: para su marido comunmente son indiferentes: empero para el hombre que ha dejado de amarla, son importunas y hasta enojosas.

Así Eugenio, ante el llanto de Clara permaneció inmóvil y casi impasible: lo único que se pintó en su semblante, fué una impaciencia dolorosa.

En tanto la marquesa, no podia cortar los raudales de su llanto, que volvia siempre con mas y mas fuerza.

El silencio del conde, la hirió, sin embargo, tan viva-



PAROLES D'EDME SIMONOT. Reproduction interdite. MUSIQUE DE L. GUILHAIRE.

© Biblioteca Nacional de España

mente, que su orgullo ofendido, llegó por fin á estancar su llanto, y se levantó fieramente con las mejillas animadas y los ojos chispeantes de indignacion.

—¡Caballero, le dijo con una voz que temblaba de cólera: le prohibo á V. pensar en mi hermana y tratar de despertar en su corazon una pasion de que es indigno, y de la cual ella no puede participar.

Una sonrisa que tenia mucho de insolente pasó por los labios del conde: pero se contuvo y repuso con mesura:

—Ya he dicho á V. en otra ocasion, marquesa, que amaba á su hermana, y que trataba de obtener primero, su cariño y su mano despues.

—Y yo, repuso Clara, le niego á V. su mano: y haré cuanto pueda, para que ella le niegue á V. su amor!

Toda la arrogancia del conde, se disipó al escuchar estas palabras, pintándose en su semblante una expresion de hondo y profundo dolor; aproximóse á la marquesa, y trató de descender hasta el ruego.

—Clara, dijo tomándole una mano, olvidemos lo pasado, y ya que tú lo recuerdes, al menos, que no sirva, para que cambies el amor que me has tenido por el desprecio y el odio! Clara, prosiguió el conde, ¿qué te he hecho yo para que quieras destruir así la dicha de toda mi vida? ¿no he guardado tu reputacion, y he defendido tu virtud en todas ocasiones? si alguno se ha apercibido de nuestra pasion, no he tenido yo la culpa, sino tu carácter apasionado y fuerte!...

—¡Este hombre es tan vulgar como todos los seductores! exclamó la marquesa retirando con violencia la mano que tenia el conde entre las suyas: ¡no puede menos de pasar por todos los infames trámites de libertinaje! despues del capricho, el cálculo! despues de la ingratitud, las inculpaciones!

—Yo no te acuso, Clara, repuso el conde con tristeza: ¿pero quién manda al corazon? si hubieras tú podido dominar el tuyo hubieras dejado de amar á tu esposo, á pesar de su culpable abandono? ¿He de ser yo la víctima del amor que, por desgracia mia, te he inspirado? ¡ha de serlo tu hermana?

—Y lo he de ser yo! ¿no es verdad? exclamó la marquesa con amargura: he de ser yo la víctima de mi amor y de mi desesperacion? ¿Y con qué derecho me exijes semejante sacrificio?

—Con el derecho que me dá el cariño que te profeso y que ha ocupado el lugar de mi insensato capricho, respondió con ternura Eugenio: Clara, prosiguió arrodillándose á los piés de la marquesa, que habia vuelto á dejarse caer en su asiento. Clara, consiente en ser dichosa y al mismo tiempo, sé mi hermana!

—¡Imposible! murmuró la marquesa cuyo carácter generoso se doblegaba ya á las súplicas del hombre á quien tanto amaba.

—¿Por qué ha de ser imposible? replicó el conde que veia ir amenguando la firmeza de aquella mirada. Clara, aun te está abierta la senda de flores del deber, y por consiguiente, la de la felicidad! la vida errante de tu marido, ha impedido que este sepa nuestro amor: procura volver á amarle, ó al menos aparéntalo delante de la sociedad.

—¡Oh! qué tardíos consejos! exclamó Clara, con amargura! por qué, prosiguió, ¿por qué no me hablabas así durante aquellas horas en que prodigabas pérfidos consuelos á mi abandono, á mi soledad?

—¡Clara! mi buena é indulgente Clara, perdóname! creia entónces que mi amor seria eterno, porque un amor así es el que mereces tú! pero al menos no me culpes porque no quiera engañarte, y sé generosa haciéndome dichoso!

Un movimiento brusco del tapiz que ocultaba la puerta cortó al conde la palabra, y aun no habia espirado el eco en sus labios, apareció el marqués á los ojos de los amantes, con los ojos animados y las mejillas cubiertas de palidez.

Clara lanzó un grito de inmenso espanto y cayó de rodillas á los piés de su marido, ocultándose el semblante entre las manos.

El conde por el contrario, se puso en pié y se hizo un paso atrás, como si le hubiera mordido una serpiente.

XVIII.

—¡Bravo! caballero! dijo Pablo con una risa sardónica y dirijiéndose al conde: es muy propio de un hombre que se conduce tan bajamente con una mujer, el retroceder delante de un hombre!

—¡Señor marqués! exclamó Eugenio saltando como un tigre los dos pasos que su sorpresa le habia hecho dar hácia atrás.

—¡Silencio! repuso el marqués con imperio: solo yo tengo el derecho de hablar aquí!

Acercándose luego á su esposa, que permanecia arrodillada, le levantó con una conmiseracion profunda, y la sostuvo entre sus brazos.

—Levanta, pobre mujer! le dijo con mas tristeza que ira: levanta y no implores mi clemencia, porque la tienes toda! bastante castigada estás con haber amado á ese hombre! á ese hombre que te rogaba le hicieras feliz, á costa de tu propia desventura!

—¡Perdon para él! exclamó la marquesa con voz sorda.

Pablo le impuso entonces silencio con un gesto imperativo, y se acercó al conde.

—En qué sitio? preguntó este, antes de que abriera los labios.

—En las tapias del Retiro, respondió el marqués.

—¿A qué hora!

—Al amanecer.

—¿Qué armas?

—Pistola: advierto á V. que será á muerte.

—La advertencia es escusada, respondió con altivez Eugenio.

—Es que sé que los caballeros imberbes, se baten siempre á primera sangre, repuso el marqués con acento sardónico.

—Yo, que no soy imberbe, ni calavera, señor marqués, quiero batirme á muerte.

—¡Perdon, para él! volvió á decir Clara precipitándose con las manos juntas entre aquellos dos enemigos mortales.

Otro gesto imperativo de su esposo, le volvió á imponer silencio.

—Enjuga tus ojos, Clara, y volvamos al salon, dijo á la pobre mujer: volverás apoyada en mi brazo, y V. señor conde, volverá á ocupar su sitio al lado de Magdalena.

Clara enjugó sus ojos, y sin fuerzas, ni voluntad se apoyó en el brazo de su marido que entró con ella en el salon.

Al lado de Pablo, y alegre y risueño iba el conde, hablándole con la mayor animacion.

Nadie pudo sospechar, que aquellos dos hombre que departian como dos amigos intimos, eran dos enemigos mortales, que iban á batirse dentro de algunas horas.

Clara se sentó en un sillon y entre dos señoras, que empezaron á hablarla afectuosamente: por fortuna se acercó al piano una encantadora jóven para cantar una pieza de música, y Clara no se vió obligada á contestar.

Entre tanto, Eugenio habia llegado al lado de Magdalena, y en la cual clavó una mirada de angustioso dolor.

Habia en sus ojos algo tan triste, que la jóven sintió penetrar en el fondo de su corazon un frio mortal.

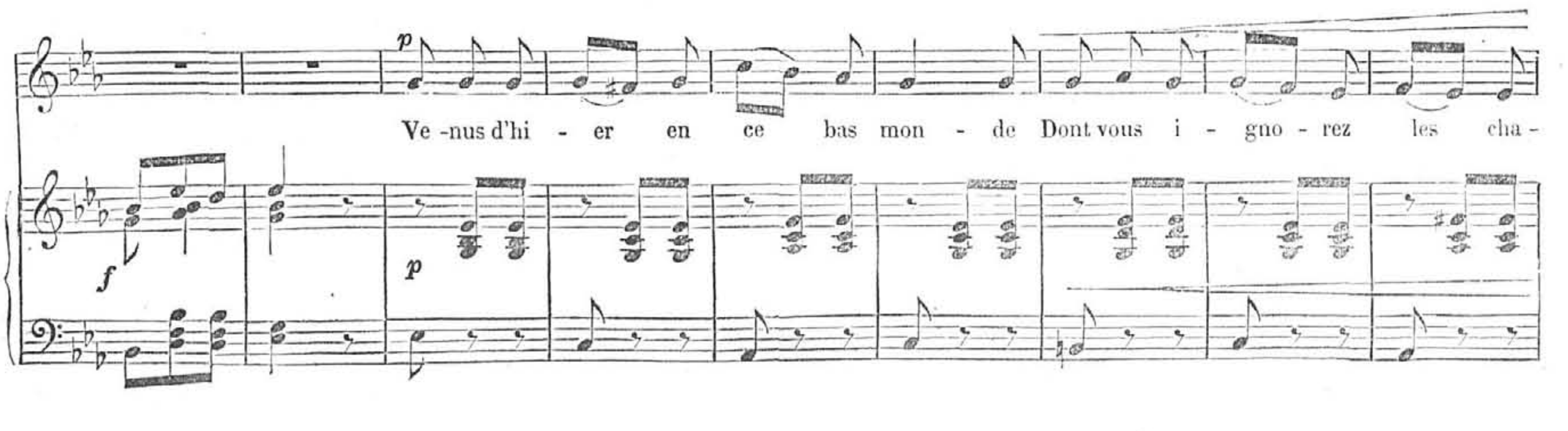
—Magdalena, dijo el conde, llamando por la primera vez á la jóven con su nombre de pila. Magdalena ¿si yo muriese, conservaria V. de mi un recuerdo grato y amistoso?

—¿A qué viene esa pregunta, caballero? exclamó la jóven, cuya percepcion era bastante esquisita para confundir aquel acento grave con el acento exagerado del romanticismo.

—¿No obtendré para ella una respuesta, señorita? insistió el conde, que no separaba sus ojos del plácido semblante de Magdalena, como si hubiera querido grabarlo en su alma.

—Si, la obtendrá V. señor conde, respondió la jóven, cuyas mejillas se vistieron de carmin: sirva de contestacion una confianza que voy á hacerle.

Todo el alma de Eugenio, pasó á sus ojos, que fijó con mayor ansia que hasta entonces en el semblante de la jóven.



PROCÉDÉ J. ROUSSET.

2ᵉ COUPLET.

Des bluets, sur vos fronts posées,
J'aime les couronnes d'azur ;
J'aime, sur vos lèvres rosées,
Les frais éclats d'un rire pur ;
Au vent, j'aime vos boucles blondes;
J'aime à voir vos petites mains
S'unir et s'enlacer en rondes
Au son de vos joyeux refrains.

3ᵉ COUPLET.

Trop tôt, sur vos riants visages,
L'empreinte des pâles soucis
Viendra graver tristes nuages
Et se creuser de sombres plis ;
Avant que l'orage ne gronde,
Au soleil par des jours rereins,
Blonds chérubins, dansez en ronde
Au son de vos joyeux refrains!

4ᵉ COUPLET.

De l'innocence heureuse image,
Petits enfants que je chéris,
Gardez bien longtemps de votre âge
La gaîté naïve et les ris ;
Du bonheur puisse, dès ce monde,
Dieu vous ouvrir tous les chemins,
Après l'âge où l'on danse en ronde
Au son de vos joyeux refrains!

5ᵉ COUPLET.

Vos chants sont l'hymne et la prière
Qu'aime la Vierge dans les cieux;
Elle sourit, c'est la lumière
Qui vient rayonner sur vos yeux;
La mère du Sauveur du monde
Veille en mère sur vos destins;
Blonds chérubins, chantez en ronde
Son nom béni dans vos refrains.

© Biblioteca Nacional de España

—Cuando hace poco me dijo V. que iba á pedir mi mano, me alegré.

—¡Será posible, Dios mio! interrumpió el conde.

—Sí, caballero; hubiera sido dichosa en casarme con V. porque así me demostraba una estimacion que antes deploraba no haber merecido.

—¡Ah! y en qué instante escucho esta revelacion, exclamó exasperado el conde.

—¿Qué sucede pues? preguntó Magdalena, que en aquel momento miraba con una zozobra grande el abatimiento de su hermana.

—Magdalena, prosiguió Eugenio, si yo muero, consuele V. á mi madre!

—¡Pero Dios mio! qué pasa? conde, no me lo oculte V. por favor! gritó la jóven olvidándose del sitio en que se hallaba.

—¡Silencio, Magdalena! repuso el conde: la honra de Clara, depende de nuestra reserva... voy á despedirme de mi madre... adios!

Eugenio se levantó, y al pasar por delante de la marquesa, clavó en ella una mirada de triste despedida.

Clara vió aquella mirada, comprendió que veia al conde por última vez, y sintió que sus fuerzas la abandonaban.

Levantóse como una sonámbula, extendió hácia él los brazos, y al desaparecer Eugenio, lanzó un grito ahogado y cayó sin sentido sobre la alfombra.

XIX.

Media hora despues, todos los convidados habian desaparecido.

Clara acostada en su lecho, habia salido de su parasismo, para entrar en una terrible crisis nerviosa.

Sentábase en el lecho, lloraba, gritaba y llamaba á su padre, de cuyo lado, decia, no debia haberse separado jamás.

Junto á ella, pálida, aterrorizada en presencia de aquellos sombrios misterios del alma, se hallaba Magdalena.

La desgraciada niña, pensaba menos en su naciente amor, que en aquella lucha mortal de pasiones, que se habia desencadenado á su vista en el corto espacio de dos meses.

Su hermana culpable: el marqués apasionado de ella, y quizá matando por su causa al hombre que la amaba, y que habia amado á Clara: aquella madre, que iba á quedarse sin hijo: aquel esposo que se habia quedado sin esposa, todas estas imágenes pasaban por su mente como otras tantas fantasmas aterradoras.

Al rayar el alba, se oyeron en el patio las ruedas de un carruaje: la alcoba de la marquesa caia al patio, y aquel rumor llegó distintamente á sus oidos y la hizo salir de su letargo.

Incorporóse *violentamente* y *escuchó*.

—¡Oh, vá á matarle! gritó retorciéndose las manos; y volviéndose de súbito con uno de sus movimientos rápidos y nerviosos vió á su hermana, que derramaba lágrimas silenciosas.

—Tú aquí! exclamó: ¿no ves, desgraciada, que van á matarse... ¿Por qué no corres á impedirlo? ¡Ah!... el carruaje parte... ¡misericordia, Dios mio! piedad para los dos!... En efecto: el coche del marqués, arrancó con violencia, rodando por el enlosado del gran patio.

Clara, pasado el primer instante de su estupor se arrojó del lecho: aun llevaba su elegante trage y sus espléndidos diamantes: recojió detrás de las orejas sus cabellos destrenzados, y antes de que su hermana pudiera apercibirse de su intencion, se lanzó fuera del aposento, cruzó las antecámaras, bajó la escalera volando y salió á la calle.

Caia una lluvia fria y menuda. Los zapatos de raso de la marquesa, se empaparon muy pronto; pero ella nada sentia, mas que la angustia de su horrible situacion.

A no ser por la fiebre que la devoraba, no hubiera tenido fuerzas ni para una tercera parte de aquella larga carrera: pero su frente ardia y sus sienes daban vuelcos como las de una persona privada de la razon.

Atravesó por fin el largo espacio que separaba su casa del lugar del duelo: espacio que andando no hubiera en otra ocasion, recorrido en una hora y salvó en media, con una velocidad casi fantástica: llegó al Retiro, dió la vuelta á él por fuera, y la presencia de dos carruajes, le indicó que no debia estar lejos el sitio del duelo.

Los dos coches estaban preparados para camino, pues cualquiera de los dos contendientes que sobreviviera tenia que huir del rigor de la ley y de las murmuraciones de que debia rodearle aquel ruidoso acontecimiento.

Los ojos escandecidos de Clara, no pudieron reconocer la librea de su casa: la desgraciada jóven se hallaba en el estado mas lamentable: sus mejillas ardian: su respiracion, era ruidosa y entrecortada: y todo su cuerpo estaba agitado por un temblor convulsivo.

De repente y cuando miraba sin ver y escuchaba sin oir, dos tiros llegaron á estremecerla: lanzóse desolada al sitio donde habian sonado, y en él encontró á su marido y al conde de Torrenueva. Aquel estaba mirando asombrado el cuerpo del jóven, que yacia sin vida en un lago de sangre.

Eugenio, habia disparado al aire: en sus sanas y honradas creencias, habia tenido siempre al duelo por un asesinato, y habia preferido á ser verdugo ofrecerse *como víctima de aquel esposo ultrajado.*

Clara, sollozando, se dejó caer de rodillas junto al cadáver: en el movimiento desesperado con que le abrazó, estaba escrita la profunda pasion con que habia amado al conde.

(Se *continuará*.)

CONSEJOS A UNA NIÑA.

A LA HERMOSA

SEÑORITA DOÑA CARMEN LOPEZ Y SAUL.

Sé buena, niña, sé buena
y adora siempre á tus padres.

EL AUTOR.

I.

No ilumina diez abriles
el bello sol de tu infancia,
y ya por tu suerte teme
el padre que te idolatra.
Cándida flor cuyo aroma
mi corazon embalsama,
la luz de tus negros ojos
es el faro de mi alma.
Tu graciosa faz trigueña
me hace sentir y me encanta,
y está el corazon pendiente
de tus radiantes miradas.
Es tu talle mas flexible
que las tropicales palmas
que dulcemente se agitan
al blando soplo del aura.
Ocaso de mis suspiros
y motivo de mis ansias,
oye los sabios consejos
del padre que te idolatra:
Te digo consejos sabios
Porque la experiencia es sabia.
Tú eres la flor que recibe
el primer beso del alba,
yo soy la caduca encina
silenciosa y solitaria
que el rayo del sol recoje
cuando á Occidente se marcha.
Tú eres el lago sereno,
cuyas trasparentes aguas
la pálida luna argenta
en la noche perfumada.
Yo soy el arroyo umbrío
que al pié de las peñas altas,
el *terrible poder* teme
de la horrenda catarata.
Tú con la risa en los labios
y la inocencia en el alma
esperas las ilusiones
que á la juventud encantan.
Yo con el llanto en los ojos
y el ¡ay! triste en la garganta,
á todas partes te sigo
con inquietudes amargas.
Tú no sabes, bella niña,
las penas que el mundo guarda
á la vírgen candorosa
que en él sin temor se lanza.

II.

Con qué gozo te contemplo
ante Dios arrodillada,
cuando tus purpúreos labios
pronuncian una plegaria.
La *Religion*, hija mia,
es una fuente tan santa,
que nunca *Dios* desatiende
á los que beben sus aguas.
Dios es el padre del mundo
y á todos sus hijos ama,
y su bondad infinita
á todo mortal alcanza.
La *Virtud* es una Diosa
amable, prudente y casta,
que á la *inocencia* protege
y á las niñas idolatra.
La *Fé* es una hermosa niña
de ojos negros y tez blanca,
que ilumina el pensamiento
y otorga firmeza al alma.
Del *Pudor*, niña querida,
nunca aparte tus miradas,
porque el pudor es hermano
de la *virtud* y las *gracias*.
No escuches de la *lisonja*
las seductoras palabras,
que marchitan con su aliento
las puras flores del alma.
Sé siempre *modesta*, niña,
que la *modestia* es hermana
del *talento* y aborrece
á la estúpida *ignorancia*.
Nunca estés *ociosa*, niña,
que la *ociosidad* es causa
de pensamientos livianos
y de infinitas desgracias.
Sienta mejor á las niñas
el *pudor*, que ricas galas,
antes de cuidar del rostro,
debes cuidarte del alma.
La *astucia* al amor persigue,
y á las niñas avasalla.
Niña, la astucia es el monstruo
que las ilusiones mata.
Hay dos amores sublimes
que divinizan el alma,
el santo amor á los hijos
y al esposo que se ama.
La vil pasion de los *celos*
es una pasion bastarda,
que la *sospecha* protege
y el *deshonor* acompaña.
La *avaricia* es insaciable,
astuta y desconfiada
y cuando todo le sobra
finge que todo le falta.
La *envidia* es pasion mezquina,
del necio *orgullo* es hermana;
solo las grandes *virtudes*
deben de ser envidiadas.
La *ambicion* cuando no es noble
siembra con terrible saña
en el corazon la envidia
y la ansiedad en el alma.
Cuando hables, hija mia,
medita bien lo que hablas,
porque á veces el silencio
dice mas que las palabras.
Hija, una mujer *coqueta*
es una sortija falsa,
que por do quiera circula
y todos pueden comprarla.
Bella niña, de los *pobres*
enjuga las tristes lágrimas,
para que enjugen las tuyas
si en tal situacion te hayas.
Al *huérfano*, dale amparo,
y al mísero enfermo cama,
y al inocente guarida,
y al desesperado calma.
En tus horas de amargura
implora á la Vírgen santa,
que el ánimo *religioso*,
no se rinde á la desgracia.
No te olvides de las *flores*
porque ellas son tus hermanas,
son bellas como tus ojos,
puras como tus miradas.
Ama y respeta á tu esposo,
que es obligacion sagrada
de la mujer bien nacida
respetar al que bien ama.
Olvida pronto el *agravio*
y perdona al que te agravia,
que es propio del alma noble
deponer rencor y saña.
Adora siempre á tus padres
con invencible constancia,
porque el amor de los hijos
es del padre la esperanza.
Nunca juzgues á los hombres
por el hombre que te engaña,
porque el vicio airado huye
cuando la virtud lo espanta.
Oye los sábios consejos,
del padre que te idolatra,
y así vivirás dichosa,
bien querida y respetada.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Cádiz: 1862.—Esta poesía la escribió su autor á instancia del Señor D. José M. Lopez, padre de la niña á quien se alude en la citada composicion.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE FULAR BLANCO. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante de 15 centímetros de alto, encañonado á pliegues muy anchos; sobre él corren tres órdenes de entredos de encage negro, cada uno de 7 centímetros, representando medallones redondos; un rizado de cinta blanca muy estrecha los rodea, siguiendo todas las sinuosidades de su dibujo; cada entredos está separado del inmediato por un espacio de 5 centímetros; entre cada medallon vá colocada una cinta de terciopelo negro de 1 centímetro de ancho; esta atraviesa el trage de arriba abajo; y termina en el último entredos. El corpiño es escotado, la draperia se guarnece con un entredos semejante al dicho, pero mas estrecho; el cinturon, anudado por detrás con largos cabos, es de fular, enteramente cubierto con un entredos de medallones, y vá rodeado por un rizado de cinta; las mangas son cortas. El peinado es de ramas de yedra.

TRAGE DE TAFETAN GROSELLA OSCURO. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante estrecho (5 centímetros), encañonado, orlado con una cinta de tafetan negro pespunteada con seda blanca; sobre el volante, un enrejado de cinta negra, tambien pespunteada de blanco, ocupando un espacio de unos 25 centímetros. Corpiño montante de doble punta y con botones negros bordados de blanco; manga con vuelta, adornada por un enrejado; este se reproduce sobre lo alto de ella y forma jockey.

Solucion del geroglifico anterior.

La batalla de Canas fué fatal á los romanos.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España